

Francesc de Carreras

Mitos contra la Unión Europea

La última campaña de las elecciones europeas ha dejado muy mal sabor de boca. Creo que a todos. Incluidos, me da la impresión, a los mismos protagonistas, a los políticos que encabezaban las candidaturas. Sus comentarios en los días siguientes al domingo electoral así me lo hicieron pensar. Parecían arrepentidos del papel que les había tocado representar, el que les había asignado su director de campaña.

Efectivamente, ha sido una campaña bronca, destructora del adversario, antipedagógica y, a la postre, incomprensible para el elector medio. Aún no acabo de entender cómo tantos acudieron a las urnas. Pero, además, hay otro aspecto de la campaña que ha pasado más inadvertido: el descrédito creciente de la misma idea de Europa como entidad política, de la Unión Europea como institución, que han mostrado muchos candidatos. En los últimos años, la Europa política se va devaluando ante la opinión pública y los mismos políticos que se presentan a las elecciones a veces contribuyen a desprestigiarla.

¿Hay razones para ello? Algunas habrá, sin duda. Nadie es perfecto, tampoco la Unión Europea. Pero tengo la impresión de que muchas de sus críticas, especialmente las más aceradas y negativas, son bastante inconsistentes, no se basan en la realidad o, por lo menos, sólo tienen en cuenta una de sus caras. Quizás es aquello del vaso, de si está medio lleno o medio vacío, según quien lo contemple sea optimista o pesimista. Los mitos contra la Unión Europea son muy numerosos. Tracemos brevemente dos pinceladas sobre algunos de ellos.

Se dice, por ejemplo, que la Unión Europea es un simple mercado económico, un mercado común basado en el neoliberalismo, un escenario del capitalismo salvaje. Hombre, no. No hay duda de que es un mercado común, esa fue su primera finalidad cuando se fundó en 1957. Pero para cumplir con esta finalidad, una de sus principales preocupaciones ha sido regular la competencia. Por tanto, no se trata de un

mercado salvaje, sino de un mercado regulado, protector de la igualdad de condiciones para ejercer el trabajo, la industria, el comercio y los servicios. Precisamente ahora estamos viendo en España las resistencias de los sectores empresariales más proteccionistas a la transposición de la famosa directiva de servicios, la denominada directiva Bolkenstein, que pretende eliminar en ese ámbito las barreras a la libre competencia. Por tanto, de salvaje nada: mercado regulado. Esto es Europa.

Otro mito es el de que la UE es la Europa de los mercaderes y no la Europa social. Hombre, no. Sólo desde una perspec-



KRAHN

tiva maximalista, de un socialismo hoy trasnochado, puede defenderse esta afirmación. Pero ¿quién defiende hoy, dentro de los países europeos, este tipo de socialismo? Creo que nadie, por lo menos nadie que gobierne o haya gobernado en los últimos treinta años, desde el primer Mitterrand. ¿Es la legislación de los estados europeos, incluso los que han sido gobernados durante muchos años por partidos socialistas, más protectora, desde un punto de vista social, que la legislación de la Unión Europea? Pues no, en líneas generales, no, sobre todo si tenemos en cuenta que la Unión Europea se limita a establecer estándares mínimos. ¿Que hay intentos de retroceder en este ámbito social? Naturalmente, como también los hay en muchos estados, pero no en mayor medida que en ellos. La famosa directiva de las

65 horas, por ejemplo, no ha sido aprobada y, además, había sido mal explicada y, en consecuencia, peor comprendida. Una medida, por cierto, apoyada por los laboristas británicos y rechazada por populares y socialistas españoles, cosas normales que pasan en Europa, insólitas en nuestro país. El vaso medio lleno: Europa es la zona del mundo donde el grado de igualdad social es más alto. Más que en Estados Unidos.

Un tercer mito es el famoso déficit democrático, la tópica acusación de que la Unión no es un organismo democrático. ¿Por qué? Porque al elegir los eurodiputados –se suele decir– no estamos eligiendo, a la vez, a un gobierno y, especialmente, a un presidente. Ello sólo significa que el sistema político europeo no es una democracia parlamentaria, ni siquiera presidencial, pero en absoluto significa que la Unión no sea democrática. Al contrario, todos sus órganos lo son, todos han sido elegidos, directa o indirectamente, y todos son responsables ante quienes los han elegido. La UE no tiene la estructura de un Estado por la sencilla razón de que no lo es: todavía es una mezcla de representantes de los estados y de los ciudadanos, aunque ciertamente con rasgos federales y parlamentarios cada vez más acentuados. Pero ni mucho menos Bruselas es la capital más burocratizada de

Europa –algunas comunidades autónomas lo son mucho más– ni el Consejo, la Comisión o el Parlamento no son representativos. Simplemente, la organización política de la UE es diferente a la de un Estado.

En la campaña ha sobrado el enconado ambiente al que aludíamos al principio. Pero, además, ha faltado, por parte de los candidatos, una defensa de la Unión Europea, de sus instituciones, de su evolución, del peso e importancia creciente que va adquiriendo. Se ha echado en falta pedagogía europeísta. Quienes desprestigian a la Unión y sólo defienden los intereses locales no merecen ser representantes europeos, porque dan la impresión de que no creen en sus instituciones. También por todo eso han dejado de ir a votar muchos ciudadanos.●

Samuel Hadas



Después de El Cairo

Soplan vientos de cambio en Oriente Medio? Aún resuenan los ecos del histórico discurso en El Cairo del presidente Barack Obama, con el que culminó la primera fase de su inusitado quehacer diplomático en la región. Las ondas expansivas de su mensaje se extienden, pero ya tropiezan con obstáculos. Por lo visto, los vientos de cambio aún no soplan en esta parte del mundo con la intensidad debida.

Mahmud Ahmadineyad, después de una victoria cuestionada por una oposición que insiste en que se le ha escamoteado las elecciones, seguirá siendo presidente de Irán. Las centrifugadoras de sus instalaciones nucleares seguirán funcionando, con o sin diálogo, y los designios hegemónicos de su régimen seguirán desestabilizando la región. Un Ahmadineyad envaletonado y desafiante, con su espíritu de confrontación reforzado, complicará aún más las cosas a Obama y a la comunidad internacional.

Pocos días antes, en Líbano, los fundamentalistas proiraníes de Hizbulah fueron derrotados por la coalición prooccidental en unas elecciones en

Los extremistas seguirán dictando la agenda en Oriente Medio en el futuro previsible

aparición cruciales. Pero poco ha cambiado por cuanto el ejército privado y el arsenal de decenas de miles de misiles de Hizbulah, gentileza de Irán, no serán desmantelados y la llave de la política libanesa seguirá en manos de su líder, Hasan Nasrallah. Se mantiene un peligroso statu quo.

En Israel, el primer ministro Benjamin Netanyahu, después de mucho discurrir, pronunció el esperado discurso en el que anunció su política de paz y seguridad. Pero satisfacer a la vez a Washington y a la ultraderecha israelí es ilusorio. Por vez primera habló de un Estado palestino, aunque con un sí y muchos peros. Gran salto para Netanyahu, pequeño salto para Oriente Medio. Ha abierto un resquicio en la ventana de oportunidad, pero ¿convencerá a un presidente empeñado en implementar la visión de “dos estados para dos pueblos”, que exigirá dolorosas concesiones? Un paso positivo para Obama, pero con condiciones que de mantenerse harán inviable un Estado palestino. Mientras, Egipto intenta persuadir a los palestinos, sumidos en un enfrentamiento fratricida, de firmar un acuerdo de reconciliación (que valdrá menos que el papel en el que se imprima). La reacción palestina a las propuestas de Netanyahu ha sido histórica, pero hasta ahora poco han hecho para facilitar la reconducción del proceso de paz mientras en Gaza se instaura un brutal régimen islamista radical.

Aquellos que esperan la instauración de un nuevo orden regional deberán apañar una buena dosis de paciencia. Los extremistas seguirán dictando la agenda regional en el futuro previsible. Antes de seguir empeñándose en implementar su visión, el presidente Obama deberá aprender el dicho corriente en esta parte del mundo: las cosas que se ven desde aquí no se ven desde allí.●

DEBATE. El futuro del I+D+i / Juan Ramis-Pujol

Perdiendo el tren

El marco extraordinario del HIT me ha hecho reflexionar que quizás no sea el momento más adecuado para seguir gastando grandes sumas de dinero en macroprogramas de I+D de resultados inciertos. La situación actual merece replantear algunas políticas de innovación. En primer lugar, dichas políticas deberían construirse sobre un análisis estratégico, esencial para asegurar que las ayudas y políticas públicas tengan un mayor impacto en la creación de riqueza para el país. Así pues, deberíamos identificar qué sectores y empresas tienen mayor potencial de crecimiento y creación de empleo.

En segundo lugar, el mayor potencial

de creación de valor suele hallarse en la creación de nuevas empresas que conlleven la multiplicación de nuevos empleos. La innovación en las pymes produce valor y un incremento significativo de empleos. La innovación en grandes empresas también puede producir valor, aunque los efectos en el empleo suelen ser menores.

En tercer lugar, el momento clave aparece cuando frente a un problema o frente a una oportunidad surge una buena idea. El factor esencial para crear valor es que dicha idea sea reconocida y obtenga una financiación adecuada para su desarrollo. Más que grandes cantidades de dinero público, a veces bastan pequeñas cantidades que actúan como incentivo determinante para arrancar determinados proyectos.

Las primeras ayudas a pymes no se deberían supeditar a inacabables procedi-

mientos burocráticos. Tanto los casos de creación de nueva empresa como los de nuevas ideas de innovación en las ya existentes se podrían gestionar en ventanillas únicas similares. La administración podría facilitar el contacto con asesores para arrancar el negocio o con intermediarios para asegurar la transferencia de tecnología necesaria. Incluso parte de la ayuda podría dedicarse directamente al pago de una red de asesores, como en Finlandia.

Necesitamos políticas de innovación más próximas, flexibles y eficaces. Se trata de dar un pequeño empujón y, ciertamente, un poco de liquidez a aquellos que lo necesitan para poner en el mercado algún nuevo producto o servicio. Con las actuales cifras de paro, mejor que nos pongamos manos a la obra y que vaya por delante la realidad que nos toca vivir.●